

[Archived] Prevención Temprana del Comportamiento Agresivo en los niños pequeños: Comentarios sobre Webster-Stratton, Lochman, y Domitrovich y Greenberg

Kenneth A. Dodge, PhD

Duke University, EE.UU.

Abril 2003

Introducción

Webster-Stratton, Lochman, y Domitrovich y Greenberg han evaluado y compendiado el conocimiento en torno a la prevención del comportamiento agresivo en niños pequeños. En los actuales modelos de desarrollo de problemas agresivos crónicos, la ciencia del desarrollo se ha enfocado en el período entre 3 y 6 años, argumentando que en ese momento de la vida los patrones de comportamiento se tornan relativamente estables y anticipan problemas

conductuales crónicos en la adolescencia, siendo así el momento oportuno para la intervención temprana. En la última década ha surgido una masa crítica de estudios empíricos en torno a la eficacia de nuevos programas de intervención, por lo cual es oportuno que estas revisiones hayan sido realizadas en este período.

Investigación y Conclusiones

Webster-Stratton, Domitrovich y Greenberg, y Lochman clasificaron las intervenciones en categorías que se enfocan en el niño, los padres, o profesores y programas que son explícitamente multimodales. Sus evaluaciones sugieren que los resultados más favorables han surgido de las intervenciones centradas en los padres. Los programas que enseñan a los padres a implementar estrategias consistentes y no violentas para manejar el mal comportamiento de los niños, han logrado los efectos más positivos para reducir la agresión infantil. Otros programas muestran algunos indicios de éxito, pero sus hallazgos no son tan claros, convincentes o numerosos.

Los analistas llegaron en consenso a varias conclusiones generales. En primer lugar, se considera relativamente pequeño el número de estudios controlados y se sugiere que se expandan exponencialmente en el transcurso de la próxima década. Esta sugerencia resulta especialmente significativa en el contexto del actual debate de política sobre el carácter de la programación para la primera infancia. En EE.UU., la meta de mejorar los resultados educativos de los niños está provocando un mayor financiamiento para los programas de primera infancia que preparan a niños de alto riesgo para el aprendizaje en el jardín de niños (*kindergarten*). La polémica es respecto a si dichos esfuerzos deben destinarse al desarrollo cognitivo (a través de la instrucción didáctica directa de habilidades de prelectura y fonética) o al desarrollo de un comportamiento socioemocional más amplio (proporcionando contextos de cuidado tales como guarderías y la programación directa del desarrollo social de los niños). Las intervenciones para prevenir el comportamiento agresivo en niños preescolares de alto riesgo asumen una importancia aún mayor en este contexto político.

La segunda conclusión de los analistas fue que la próxima generación de intervenciones debe reflejar mayor comprensión del nivel de desarrollo de los niños que las reciben. Los programas para niños de 2, 3 y 4 años pueden diferir mucho entre sí. Además, tal vez sea necesario evaluar los niveles funcionales de desarrollo en niños individualmente para ofrecer intervenciones óptimas para cada niño. Por ejemplo, algunas intervenciones enfocadas en los niños pueden apoyarse en

sus habilidades verbales que, si éstas no están presentes, el programa no brindará resultados. Este punto es relevante no solo para los pequeños de distinto nivel de desarrollo sino para niños inmigrantes que asisten a las escuelas con distintos contextos de lenguaje y procedencias culturales.

Su tercera conclusión es que es necesario contar con más investigación básica sobre el desarrollo para crear nuevos programas de intervención (no se especifica el carácter preciso de dicha investigación). Gran parte de la investigación sobre desarrollo no se basa en la necesidad de crear intervenciones, si no que consiste en probar las hipótesis sobre las teorías básicas del desarrollo del niño. Se necesita una investigación enfocada al desarrollo de problemas que aporten información directa para desarrollar la intervención. Por ejemplo, la rentabilidad de los programas podría mejorar si las intervenciones se dirigieran óptimamente en función de su pertinencia para cada niño. La investigación del pasado en torno al desarrollo es útil solamente para esbozar categorías generales de agresión infantil. Necesitamos investigaciones que exploren los límites óptimos de inclusión en un programa; los beneficios de elegir niños sobre la base de una evaluación realizada en múltiples ámbitos, y los costos y beneficios de intervenir tempranamente versus después, en el transcurso del período preescolar.

Aun cuando hubo consenso general entre los analistas, algunos de sus planteamientos son un tanto contradictorios. Webster-Stratton concluyó que su intervención fue *el único* programa que ha producido resultados favorables en forma constante, mientras que los demás analistas se refirieron a otros programas que también dieron frutos positivos. Los más notables fueron:

1. el análisis de Domitrovich y Greenberg y su evaluación positiva del programa de mejoramiento de las habilidades sociales en niños de Shure^{1,2,3}, y
2. el análisis de Lochman de los programas de visitas domiciliarias de Olds⁴.

Domitrovich y Greenberg concluyeron que los programas multimodales producen resultados más favorables. Esta conclusión tiene una sólida base teórica en la investigación del desarrollo que vincula el desarrollo del comportamiento agresivo con un complejo conjunto de factores relacionados con los niños, familias, pares, barrios y escuelas. Sin embargo, Domitrovich y Greenberg no proporcionan ejemplos de estudios que comparen enfoques uni y multimodales. Tales estudios ciertamente están justificados y serían necesarios para poder llegar a alguna conclusión.

La comparación de programas en estos tres análisis sugiere que la conceptualización de las intervenciones requiere consideración más amplia e inclusiva. Por ejemplo, Domitrovich y Greenberg examinaron programas enfocados en los padres e incluyeron únicamente iniciativas para entrenar a éstos en las habilidades del manejo conductual. No consideraron los aspectos promisorios del enfoque de visitas domiciliarias realizadas por enfermeras o practicantes tan aclamado por Lochman. Por otra parte, la totalidad de los programas considerada por estos autores produce de igual forma una gama de servicios francamente limitada. Tal vez la crítica más importante a estos estudios sea que excluyen una conceptualización más amplia de las intervenciones destinadas a prevenir el comportamiento agresivo en niños pequeños. En efecto, se podrían agregar al menos dos tipos de intervención a la lista para su consideración en este ámbito.

Una importante intervención que pueden realizar los padres es colocar al niño en un tipo de escenario específico en un punto específico de su desarrollo. Es posible que los padres elijan vivir en un barrio particular, tener empleos fuera del hogar, y tener (o no tener) más hijos durante un tiempo determinado. También es posible que decidan que su hijo(a) debe asistir a una guardería a cierta edad, y elijan el tipo de cuidado que recibirá (en una casa, en un centro, etc.). Existe cada vez más consenso en la literatura de desarrollo que colocar a un niño muy tempranamente en un ambiente de cuidado grupal podría ser dañino, así como puede ser dañino también retrasar demasiado su exposición a grupos de pares desconocidos. Estas intervenciones pueden tener efectos significativos sobre el desarrollo del comportamiento agresivo y su implementación debe considerarse en conjunto con intervenciones psicológicas estructuradas.

Otra intervención que tal vez tenga efectos más importantes en el desarrollo de la agresión infantil es el hecho de proporcionar un ambiente hogareño seguro, cálido, protector y estable. La literatura sobre el desarrollo sugiere que los niños corren el riesgo de desarrollar comportamientos agresivos si viven con una familia estresada y si son maltratados físicamente, o si son pobres. Todas las intervenciones que mitigan el estrés de los padres, que impiden que los padres maltraten físicamente a sus hijos, o ayudan a las familias a salir de la pobreza, contribuyen a evitar la agresión infantil. Por ende, los programas de bienestar, los subsidios para el cuidado infantil y las visitas domiciliarias son todas prometedoras como intervenciones preventivas frente a resultados infantiles adversos. Tal vez la próxima generación de estudios en esta área general incluya dichas intervenciones, y tal vez la nueva generación de programas enfocados a los padres incluya consideraciones similares junto con el entrenamiento para el manejo del comportamiento.

Referencias

1. Shure MB. *Preschool*. Champaign, Ill: Research Press; 1992. *I Can Problem Solve (ICPS): an Interpersonal Cognitive Problem-Solving Program*.
2. Shure MB. *Kindergarten and primary grades*. Champaign, Ill: Research Press; 1992. *I Can Problem Solve (ICPS): an Interpersonal Cognitive Problem-Solving Program*.
3. Shure MB. *Intermediate elementary grades*. Champaign, Ill: Research Press; 1992. *I Can Problem Solve (ICPS): an Interpersonal Cognitive Problem-Solving Program*.
4. Olds D, Henderson CR Jr, Cole R, Eckenrode J, Kitzman H, Luckey D, Pettit L, Sidora K, Morris P, Powers J. Long-term effects of nurse home visitation on children's criminal and antisocial behavior: 15-year follow-up of a randomized controlled trial. *JAMA-Journal of the American Medical Association* 1998;280(14):1238-1244.